

El orgullo del filósofo

FRIEDRICH HÖLDERLIN

La muerte de Empédocles
Traducción de Feliu Formosa.
El Acantilado, Barcelona, 2001.
185 páginas, 2.500 pesetas.

La versión que ahora presenta El Acantilado de *La muerte de Empédocles* suple otra muy difundida hasta hoy y poco rigurosa, debida a la pluma de Carmen Bravo Villasante. Feliu Formosa no dispone ni «enmienda» la tragedia «a fin de que pueda ser representada sobre un escenario», siguiendo dudosos criterios de ordenación, tal y como hiciera la voluntariosa germanista en su discutible versión; antes bien respeta escrupulosamente una obra que el propio Friedrich Hölderlin (Lauffen am Neckar, 1770-Tübingen, 1843) nunca llegó a concluir y de la que nos legó tres valiosas versiones fragmentarias, todas ellas recogidas en el volumen que reseñamos.

El plan para su *Empédocles*, drama que Hölderlin proyectó como una tragedia de corte clásico, data de los tiempos en que el poeta suabo se hallaba trabajando aún en la segunda parte de su *Hiperión*, tras haber publicado la primera. Hacia el año 1797 concluyó el esbozo completo de una obra de la que se ocupó a intervalos hasta poco después del cambio de siglo, pero que nunca terminaría. Entretanto, tradujo la *Antígona* y el *Edipo Rey*, de Sófocles, que se publicarían en 1804; además compuso los *Himnos de Tubinga* y varias de sus grandes elegías. De todo ello hay huellas en su *Empédocles*, un personaje que, al contrario del arrebatado Hiperión, joven enamorado, henchido de esperanzas, aparece como un hombre torturado, escéptico y desengañado de los seres humanos, quienes en un tiempo lo aclamaron como a un salvador y, repentina-

mente, incapaces de perdonar una de sus debilidades –el orgullo de quien se sabe superior e incluso semejante a un dios–, le volvieron la espalda subitamente.

Hay constancia de que Hölderlin quiso tomar a Sócrates como héroe de su tragedia, pero finalmente se decidió por otro filósofo, acaso más afín a él que aquel hombrecillo preguntón y aureolado por la leyenda con un imponente *pathos* trágico: Empédocles de Agrigento (en torno al 490 y hasta el 430 a. C.), siciliano, de quien se cuenta que era rico y orgulloso y que habría tenido una gran influencia como sacerdote visionario y médico milagroso, pero también como poeta y estadista. Al agrigentino se debe la doctrina de los cuatro elementos primordiales: agua, aire, fuego y tierra; éstos, mezclados y separados entre sí por Eros y Thánatos, serían los componentes últimos de todas las cosas. De aquél proviene asimismo una de las primeras versiones conocidas en Occidente del mito de la transmigración de las almas, tan aclamado por Hegel y Schelling, íntimos amigos del joven Hölderlin, así como por los demás románticos que con tanta fe profesaron el panteísmo. Cuenta la tradición que Empédocles, uno de esos hombres «tallados en un solo bloque de mármol», como apuntara Nietzsche al referirse a los presocráticos, se quitó la vida lanzándose al Etna, una vez perdida la fe en sus congéneres.

Tal es, precisamente, el episodio que recrea Hölderlin en un drama exquisito en su forma y cuya fragmentariedad no impide que el lector pueda disfrutar largamente de su profunda sabiduría, expresada poéticamente en el más puro estilo clásico: la elección de versos blancos alternando a veces con cláusulas rítmicas anapésticas, otorgan al discurso un ágil tono lírico sin perder por ello el característico enfatismo trágico con el que se describen los grandes acontecimientos tanto de la existencia como del espíritu humano. Como en cualquier gran tragedia ática, cada palabra posee aquí su peso ponderado, acorde con la categoría de unos personajes hábilmente matizados, sobre los que domina la figura inmensa del héroe, la cual convulsiona sus vidas ya sea por medio del amor o del odio que irremediablemente les inspira. Todos ellos secundan a Hölderlin en la



Retrato de Hölderlin

transmisión de un ideario ya romántico donde la pasión y el arrebatado han sustituido por entero a la ecuanimidad típica de lo razonable. Empédocles, como el hombre que ha gozado de todas las glorias, del éxito, del amor de sus semejantes, no escapa, sin embargo, a la derrota y al descrédito a los que está sometido todo lo divino, que «debe sucumbir». Él es, en último término, el dueño de su destino, pero son las masas de mediocres, azuzadas por sus demagogos, las que obligan al filósofo a enfrentarse consigo mismo; aque-

llas acaban por no soportar durante mucho tiempo a quien les hace bien pero se muestra como ser superior; necesitan víctimas cada cierto tiempo, sin quedar saciadas con sus iguales, sino con quienes son diferentes: los seres singulares, más morales o más artistas.

Muchas reminiscencias hay de la Pasión de Cristo en este *Empédocles*, un personaje valeroso, de ética profunda y consecuente, dispuesto a perecer por su pecado de orgullo, pero también preparado para demostrar que la muerte es la puerta que franquea la libertad absoluta cuando el asco ante un mundo donde sólo es posible la lucha contra seres despreciables se torna insostenible. Hay, tal vez, mucho del desencanto y la nobleza del propio Hölderlin en el héroe filósofo; al fin y al cabo, cuando el *Hiperión* ha sido definitivamente concluido y el poeta trabaja con ahínco en su tragedia tiene lugar un intenso drama amoroso en la vida de Hölderlin: su idilio correspondido con Susette Gontard acaba en desastre. El marido descubre la relación, y Hölderlin, que trabaja como preceptor en casa del matrimonio, es expulsado ignominiosamente. A partir de entonces, al igual que Empédocles después del rechazo de los agrigentarios, el poeta inicia una vida de peregrinaje, mendigando empleos como preceptor en casas distinguidas: no tiene éxito y cae enfermo, presa del delirio mental; al poco muere Susette. Mientras que el héroe del Hölderlin trágico halla la paz arrojándose al Etna, a él le esperan aún más de treinta años de encierro y soledad.

El drama compuesto por el autor de elegías tan impresionantes como *El archipiélago* es uno de los mejores de las letras alemanas, y tan grande como una más de las tragedias clásicas de aquella Grecia inmortal que siempre alimentó el espíritu de Hölderlin.

Luis Fernando Moreno Claros